

## DISCURSO DE ACEPTACIÓN I PREMIO ANDALUCÍA DE ARQUITECTURA 2007

Excmo. Sr. Presidente de la Junta de Andalucía  
Excmo. Sr. Alcalde de Sevilla  
Excmo. Sres. Consejeros de Vivienda y Ordenación de Territorio y Obras Públicas y Transportes

Gracias, gracias a todos

Gracias a la Junta de Andalucía por haber instituido un premio que testimonia el interés por la calidad de la arquitectura, reconociéndole un papel fundamental en el desarrollo de las ciudades y de la sociedad. Gracias al jurado que tuvo a bien concederme el premio a la trayectoria, en esta primera edición. Agradecido y orgulloso de que este premio reconozca la pertenencia de mi trabajo a Andalucía, incluso diría más a Sevilla, a cuyas raíces siempre vuelvo como un refugio, reconociendo con humildad la pertenencia a esta extraordinaria cultura.

Gracias a todos mi clientes, casi todas instituciones públicas, por haber luchado juntos en las fases difíciles de los proyectos y haber apostado por la calidad como valor. Gracias a todos los colaboradores, y son muchos, por la responsabilidad y dedicación al trabajo. Gracias a mis hermanos Marcos y Jorge que con sus conocimientos y experiencias han hecho realidad los proyectos. Gracias a mi mujer Elena por su continua colaboración y apoyo en mi trabajo, un trabajo que ha sido, que es, al mismo tiempo, mi vida.

Gracias al comisario de la exposición Javier Terrados por haber reinventado un territorio enigmático y luminoso a partir de un espacio imposible. Gracias en fin, a Víctor Pérez Escolano por sus enjundiosas y elogiosas palabras, fruto más bien de la amistad y del cariño de tantos años.

Me siento profundamente honrado y agradecido por recibir el Premio Andalucía de Arquitectura aquí, en este lugar, en el Real Alcázar, síntesis de los que es y significa Sevilla. He venido aquí muchas veces en mi condición de miembro del Patronato y hoy como huésped privilegiado vengo a recibir este premio en este espacio tan cargado de historia.

Lo extraordinario de este conjunto, metáfora de la ciudad, es su intensa relación entre arquitectura, estructura y naturaleza. Recorriendo sus salas y sus patios, mirando a través de sus celosías o paseando por sus jardines se experimentan las ambiguas relaciones entre interior y exterior, entre arquitectura y ciudad, experiencias espaciales en un sorprendente equilibrio entre diferentes estilos. La lección principal que nos imparte este edificio es que para construir Sevilla la arquitectura debe aferrarse al lugar, sedimentarse en un proceso lento, gradual y riguroso.

El arranque de mi actividad profesional fue deliberadamente lento y pausado. Entendí que era necesario completar mi formación a través de una trayectoria personal al ser consciente de que los conocimientos adquiridos en la Escuela de Arquitectura de Sevilla, una escuela muy joven, entonces, no eran suficientes. Decidí adoptar dos maestros a distancia: Álvaro Siza y Rafael Moneo. Un número de la revista Hogar y Arquitectura, de finales de los 60, publicaba por vez primera las obras primeras de Álvaro Siza, que me causaron una fortísima impresión. Decidí ir a visitarle iniciando así una profunda y generosa relación de amistad que se ha intensificado con el tiempo. Su personalidad y su arquitectura han constituido para mi

horizontes continuados de referencia y con toda seguridad fue el primero que me transmitió la fuerza de amor a mi trabajo, y es, sin duda, uno de los arquitectos a los que invoco en tantos momentos de desánimo. Rafael Moneo, al que he seguido siempre con admiración y reconocimiento, aceptó con generosidad la dirección de mi tesis. Ambos a través de sus obras y sus escritos me han inspirado continuamente y han contribuido notablemente a mi formación como arquitecto. Aunque, debo decir que siempre he intentado aprender y tomar cosas de todos, de todos mis amigos que no siempre eran arquitectos, sino también artistas, pintores, escritores o poetas.

Al terminar la carrera me incorporé a la Comisión de Cultura del Colegio de Arquitectos (CEYS) como responsable de la organización de exposiciones y conferencias. Una experiencia muy estimulante que me permitió conocer a los mejores profesionales del país. Pero el hecho que marcaría el inicio de mi trayectoria profesional fue, sin duda, el encuentro con Aldo Rossi, al que invité por primera vez a Sevilla en esos años, y fue el origen de una amistad duradera que permaneció hasta su muerte.

En aquellos años andábamos convencidos de la necesidad de retomar el contacto con la arquitectura abstracta de las vanguardias europeas del período de entreguerras, interrumpido durante la dictadura. Rossi nos hizo mirar atrás, a la ciudad tradicional, asumida como expresión formal de la historia y por tanto referencia fundamental para todo proyecto contemporáneo de arquitectura.

Así empecé a estudiar la ciudad, trabajo que se formalizaría más tarde en las publicaciones de los 100 edificios de Sevilla y Guía de Arquitectura de Sevilla. Este estudio me estimuló a recorrer, a medir, a descubrir la ciudad que ya no era solo una "Habitación Maravillosa" (Wunderkammer), una colección de objetos singulares, sino un contenedor de conceptos, un complejo y entrelazado mundo de relaciones, de historias, de vidas y de miradas por descifrar, que transformaría en mi biblioteca mental.

Empecé a entender que el tejido urbano de Sevilla se caracteriza por la presencia de los valores urbanos en el planteamiento general de su arquitectura. Que los principios de yuxtaposición y de promiscuidad entre el monumento y el caserío iban a ser la actitud asumida y reconocida en el largo proceso de la construcción de la ciudad. Y que este desdibujamiento de límites entre el edificio singular, el monumento, y la residencia se iba a producir también entre lo construido y la calle, entre el dominio de lo público y de lo privado. Sevilla se caracteriza por la presencia de estos espacios de transición, ambiguos, indefinidos, imprecisos. Que son sino los patios, apeaderos o compases de su arquitectura doméstica o monumental, civil o religiosa. Espacios en los que se produce esta disolución de confines entre el edificio y la calle, entre interior y exterior, entre lo colectivo y lo íntimo, entre la arquitectura y la ciudad. Y es en esta íntima relación entre el espacio público y el privado donde es posible leer la evolución de la sociedad, de sus costumbres, de sus leyes, de su manera de entender la vida. Espero que este entramado de relaciones que constituyen el alma de nuestra ciudad, su sentido profundo, no se continúe perdiendo.

Corrales y casas de vecinos, haciendas de olivar y plazas de toros, edificios organizados en torno a grandes vacíos, fueron edificios que ofrecían para mí un poderoso magnetismo. Quizás por su condición dual, difusa y ambigua, entre arquitectura y ciudad. Edificios que al mismo tiempo eran fragmentos de trama urbana o sugerían proyectos de ciudad.

Nunca logré acabar la tesis, a pesar de los kilómetros y los años invertidos, como tantas otras experiencias inconclusas, pero solo ahora se cuanto el estudio de estas viejas arquitecturas a través de planos, dibujos y levantamientos han influido posteriormente en el desarrollo de mi trabajo.

Esta reflexión que nos lleva a poner el acento en la dimensión urbana de la arquitectura, en la cualidad urbana de lo construido, ha influido enormemente en mis proyectos, convirtiéndose en un tema recurrente, que transita, de forma obsesiva, por todos ellos. Espacios de intermediación entre la arquitectura y la calle, espacios de ciudadanía, espacios sagrados-laicos, como dirían algunos, espacios perdidos de la mediterraneidad que, por encima de estilos y de lenguajes, considero necesario recuperar para la arquitectura contemporánea.

Todo ello me ha llevado a la conciencia de construir una arquitectura adecuada a nuestras ciudades, procurando una continuidad física e histórica, alejada de su condición de objeto y comprometida con la historia y la cultura del lugar. Anclada en el lugar pero atenta al mundo de los otros lugares, porque los lugares escapan de su propia territorialidad física, en busca del sonido de la vida y de la contemporaneidad, en la convicción de que solo la arquitectura que hunde sus raíces en la tradición puede alcanzar valor de universalidad.

Una arquitectura serena, necesaria y oportuna, comprometida con la ciudad y con el hombre, sensible a las relaciones del espacio con las personas a través de las cosas que realmente nos importan: la calidad de la luz, del sonido, el tacto de los materiales, las sensaciones. La arquitectura organiza y construye los espacios para que el hombre viva, si se le ignora la arquitectura es innecesaria.

Una arquitectura densa, con presencia, significada por su corporeidad física, por su materialidad. Porque la arquitectura no es una cosa abstracta, pertenece al mundo de las cosas reales. La arquitectura dibujada, el proyecto, no es aún arquitectura. Como una partitura necesita ser ejecutada para transformarse en la materialidad de lo construido.

Lo que siempre me he esforzado en hacer y me gustaría pensar que es algo que subyace en mi trabajo, es el hecho de concebir el proyecto en términos de construcción. Los edificios no pueden ser solo imágenes sugerentes, marcas o iconos de un determinado poder. Construyen el escenario de nuestra vida y deben contribuir a definir nuestra memoria colectiva. Creo firmemente que la calidad de la arquitectura se mide en la densidad de su construcción. La construcción es, para mí, el proceso que ordena las ideas, las convierte en proyectos y las sitúa en el mundo de la realidad. Esto define una línea de pensamiento, donde el proyectar y el ejecutar, el pensar y el hacer están íntimamente unidos. Por ello me gusta definirme como un arquitecto constructor y siento una profunda frustración cuando un proyecto no se construye, porque con toda seguridad ha sido pensado vinculando las ideas al conocimiento constructivo, a la utilización de determinados materiales o técnicas constructivas procurando hacerlas propias en cada proyecto. Solo así he podido trabajar con la misma intensidad proponiendo atmosferas muy distintas en ciudades tan diversas como Vigo, Génova, Cartagena o La Spezia.

Un excitante periplo marítimo que se inicia a raíz de la construcción del Pabellón de la Navegación. Este edificio supuso un punto de inflexión en mi trayectoria y quizás sea el momento de reconocer la confianza depositada en un joven, relativamente joven, arquitecto sin experiencia en edificios de grandes dimensiones, por parte de Jacinto Pellón, que espero que esta ciudad, tan olvidadiza a veces, acabe honrando su memoria. Este Pabellón construido a orillas del Guadalquivir me abrió las puertas del mar y así he podido desarrollar buena parte de mis últimos proyectos en ese privilegiado y mágico territorio donde la ciudad acaba y empieza el mundo. Una experiencia excitante para un arquitecto de tierra adentro.

Trabajo inconcluso ha sido también mi continua dedicación a la enseñanza. Nunca aspiré ni estuvo en mi pensamiento el hacer carrera académica, tal vez sea por ello que el destino me ha llevado de forma azarosa a ejercer la enseñanza en diversas ciudades de Europa y

América. La enseñanza ha sido y es un campo de experiencias personales y profesionales con un doble sentido en la misma dirección. He intentado transmitir a las futuras generaciones una actitud y una pasión por la profesión, que siento sinceramente, y de los estudiantes siempre he apreciado esas intuiciones que me han hecho reflexionar sobre mis propias convicciones.

He intentado en la enseñanza como en mi vida profesional encontrar y desarrollar ideas sencillas con implicaciones profundas, he intentado enseñar la tradición sin caer en el costumbrismo, transmitir con claridad y sin confusión la complejidad del conocimiento que la arquitectura conlleva. He deseado transformar en mi tierra lo que he visto de valor fuera de ella y he deseado incorporar a mis proyectos de fuera los valores del Sur.

Hoy recibo el Premio a la trayectoria. No tengo conciencia de haber llegado a una meta, me siento como al principio de mi actividad profesional. Por ello me gustaría interpretarlo más como el reconocimiento a una actitud, a una posición sostenida ante la profesión.

He recorrido, no obstante, un largo periodo, de forma intensa y pausada a la búsqueda no solo del rigor, instrumento de trabajo sin el cual sería imposible cualquier acto de creación, sino de la naturalidad, de la sencillez, tratando de hacer las cosas sin que dejen traslucir el duro y angustioso trabajo que requieren, de manera que parezcan hechas sin esfuerzo, con facilidad, sin dramatismo.

Y en esta misma línea continuo trabajando, con las mismas inseguridades y dudas, con más pasión y entusiasmo, si cabe, que al principio. Con el deseo de que las futuras realizaciones pudieran contener la sensualidad emocionante de la Alhambra de Granada, la intensidad profunda de la mezquita de Córdoba o la monumentalidad festiva de la ciudad de Cádiz.

No he perdido la curiosidad y en cambio creo haber ganado en erudición que, para un arquitecto, no es más que la atenta y continua observación.

Me gusta observar el mundo cambiante, intenso y apasionante que me rodea, ya que es nuestra materia de trabajo, pero con los pies bien fijos en el suelo para no dejarme arrollar, protegido en un paisaje de resistencia que he venido construyendo con los años. La resistencia y el riesgo son herramientas de trabajo imprescindibles en este ejercicio continuado de independencia que es mi carrera profesional.

De resistencia frente a las modas que reducen el papel del arquitecto al territorio de la epidermis, de la cosmética, negando con ello la experiencia espacial que es sustantiva a la arquitectura. Sirvan como ejemplo, las experiencias actuales donde las falsificaciones conforman el nuevo paisaje de nuestras ciudades, convertidas en copias simuladas de ellas mismas, bajo el dominio de la apariencia, el disparate y el simulacro.

De resistencia al crecimiento ilimitado, insostenible e insoportable, de nuestras ciudades, que devastan el territorio y destruyen irremediamente el paisaje.

De resistencia, en fin, a las modas porque traicionan la aspiración profunda de la arquitectura que es su larga duración y permanencia.

Algunos críticos al referirse a mi manera de trabajar me han comparado con el artesano que fabrica sillas de montar, el humilde personaje del famoso relato del Adolf Loos. Cuando alguien le preguntaba si sus sillas estaban a la moda le contestaba que lo ignoraba y seguía simplemente haciendo buenas sillas. Espero que mis proyectos sigan conteniendo la paciencia, la dedicación, la constancia, la perseverancia que siempre intento poner en mis

edificios para que puedan llegar a ser buenas arquitecturas. A pesar de que las circunstancias externas de la profesión son cada vez más complejas, más difíciles y más ásperas.

Porque, es cierto, que vivimos inmersos en una sociedad sin programas ni objetivos, que no aprecia los valores permanentes, pero creo firmemente que la arquitectura, las ciencias y el conocimiento en general, están vinculados a los valores esenciales de la vida. La arquitectura puede llegar a construir un territorio de resistencia desde el que irradiar y expandir un sentido profundo y de intensidad a las actividades de nuestra vida. Un territorio capaz de convertir la realidad en el objeto de la imaginación y en la materia de nuestros sueños. Gracias.

Guillermo Vázquez Consuegra  
Sevilla. 13 de enero de 2009